

La Problemática del horizonte de Sentido entre la Modernidad y la Postmodernidad

Resumen

Reflexionar en torno al horizonte de sentido entre la modernidad y la postmodernidad es reconocer una compleja época de transición, se trata así mismo de un tiempo histórico de ausencia de luz que nos permitiera al menos de alguna manera advertir hacia dónde se orienta dicha transición o tendencia histórica, la problemática filosófica que esto supone es iluminar conceptualmente nuestro caminar dentro de esta ambigüedad epocal. La crisis de la modernidad como la antesala de la postmodernidad obedeció a un proceso de desencantamiento del mundo, esto es de secularización, que se tradujo en la desaparición de Dios, así como del interés del fundamento último, esto es, el fin de la metafísica, y junto con todo esto las promesas del programa cultural de la razón ilustrada, por una parte la propuesta liberal, por otra parte la propuesta marxista. El agotamiento de los grandes relatos de la modernidad abrió la crisis de horizonte de sentido en el cual nos encontramos inmersos los individuos y las sociedades actuales, y esto nos exige la necesidad de repensar o de replantearnos filosóficamente, dónde estamos ubicados y la cuestión del futuro.

Introducción

Pareciera ser que la caída de los grandes relatos únicamente nos permite pensar en muy pequeñas propuestas que se encuentren verdaderamente al nivel de la condición humana, se tratará de una razón débil, nada ya de la búsqueda de las grandes transformaciones ontológicas del ser social sustentadas en la razón proveniente de la modernidad ilustrada, ésta será ya la expresión de la postmodernidad. En este sentido, esta época de transición alude como dirá Jürgen Habermas a una antimodernidad, se trata esencialmente de una ten-

dencia emocional de nuestro tiempo que ha trastocado los diversos espacios de la vida intelectual, y sin duda ha puesto en la actual agenda teorías de postilustración e incluso de posthistoria.

Para otros estudiosos, la postmodernidad es en realidad una continuación de la modernidad, por lo que podría caracterizarse como un nuevo período de la cultura occidental pero ubicada en tres ejes que oscila de las desesperanza al hedonismo así como con un creciente individualismo, todo esto dentro de un contexto de hibridez insípida basada en el todo vale por igual.

Desarrollo

Hoy por hoy resulta complejo vincular las nociones de ética y postmodernidad dado que en la actualidad la ética ha venido sufriendo una pérdida de su significado esencial, paralelamente la postmodernidad está sumergida en una creciente ambigüedad que la lleva a tener múltiples significados, muchas veces opuestos entre sí. Queda por lo menos claro que más que pretender unir estos dos conceptos, será más didáctico estudiar su difícil relación dialéctica inmersa en nuestro contexto epocal plagado de confusiones tanto en la esfera de la vida cotidiana como en la esfera de la teoría.

Resulta necesario buscar alguna luz que nos permita al menos ver un poco en esta situación de oscuridad. Al respecto Rubén Sanabria nos dice: “La luz ha sido un elemento muy frecuente en la filosofía occidental. Recuérdese, por ejemplo, que Platón, en la conocida alegoría de la caverna – República, 1.VII, 511d/518-, pone la idea de bien como el sol del mundo ideal. Y dice que el conocimiento se da porque el hombre tiene en sí mismo criterios absolutos que no pueden venir de los datos relativos y cambiantes que guían el

proceso del conocimiento. El nous aristotélico es una luz.” (Sanabria, 1994)

Considero que es útil la concepción de la luz en la idea de aludir al difícil ejercicio intelectual del discernimiento en una época de grandes confusiones y complejidades es en este sentido que me parece relevante la manera como la ubica Rubén Sanabria.

Más adelante la filosofía neoplatónica señala que: “la luz es la manifestación de lo divino. Agustín de Hipona habla frecuentemente del lumen Dei y, con base en la frase bíblica “La Palabra es la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo” (Jn 1,9), dice que Dios es la luz que nos alumbramos: “En las visiones intelectuales, una cosa son los objetos que se ven (...) Y otra cosa es la misma luz, que ilumina el alma para ver los objetos que, en sí misma o en la luz entiendo con verdad, porque esta luz es el mismo Dios.” (Sanabria, 1994)

De acuerdo con Tomás de Aquino la luz intelectual (lumen intelectuale) procede de la luz divina (lumen divinum), y esto sucede no en cuanto a los criterios de conocimiento: “sino como la facultad formal de abstraer de lo sensible a la forma inteligible, lo cual hace el entendimiento agente. En este caso el entendimiento agente es como una luz por la que conocemos.” (Sanabria, 1994)

Desde la perspectiva de la filosofía medieval, de corte agustiniano, se planteó propiamente la metafísica de la luz que entre otros asumieron como propia, Mateo de Acquasparta, S. Buenaventura, Juan Peckam y Enrique de Gante. En esta corriente filosófica, el ser, el sentido de la verdad y Dios se comprenden y aprehenden como una luz clara y de hecho se decía que las cosas tienen una “forma lucis”. Dentro del misticismo cristiano, el Maestro Eckhart alude a la luz como el aspecto central en el interior del ser humano. Años más adelante en la tradición filosófica occidental Hegel concebía a la dialéctica como una lucha entre la luz y las tinieblas, y por supuesto, la luz resulta siempre victoriosa. Y aún más adelante en el tiempo de la historia de la filosofía occidental, Heidegger también se circunscribió a la metafísica de la luz. Al respecto aclara Rubén Sanabria: “el gran filósofo alemán remite a la metafísica de luz, pero no en el sentido medieval y moderno, sino en un sentido especial. Una palabra fundamental en Heidegger es Lichtung, que no significa exactamente lo mismo que es Licht: Licht es la luz; Lichtung es el lugar abierto

a la luz, es decir, se trata de un esclarecimiento, de una iluminación. Entonces hay en ella (en la iluminación) una unión de oscuridad y de luminosidad. Por eso la esencia del hombre es un residir en la Lichtung del ser.” (Sanabria, 1994)

Aquí la situación del ser humano es que se encuentra en cierta relación con la Lichtung, es decir, con la luminosidad que es antes que el ser. De esto se desprende entonces de acuerdo a Heidegger que la Lichtung dialécticamente deviene en Lichtung del ser y Lichtung del ser humano, es decir, del ser-ahí porque el ser humano, en su relación al ser, es justamente el lugar donde adviene el ser. Así que: “el “ahí” del ser-ahí es la Lichtung del ser. En referencia a los antiguos, Heidegger destaca el carácter sagrado de la luz”. (Sanabria, 1994)

Toda esta problematización filosófica en torno a la luz responde a la necesidad de poder ver en un contexto epocal de oscuridad, hoy más que nunca, los seres humanos requerimos de luz para plantearnos por un horizonte de sentido respecto de la verdad. Ciertamente aludir al sentido de la verdad es abrir ya una situación francamente polémica, sin embargo, podemos en principio acotar esta problemática señalando que diversas propuestas filosóficas coinciden que si bien la cuestión en torno a valores absolutos es sumamente discutible a partir de las diversas miradas ideológicas, al menos sí es posible reconocer una ética de mínimos por medio de consensos que permiten reconocer sentidos de la verdad que pueden orientar el mundo de la vida.

Bajo esta perspectiva resulta de fundamental importancia reconocer que el ser humano contemporáneo inmerso en el vacío del sinsentido epocal se pregunta por el sentido de la verdad, y que a partir de ella se pueda conformar al menos una cierta seguridad en un mundo oscuro y ambiguo.

1.- Modernidad

Desde finales de la época medieval asistimos a una progresiva emancipación de la razón en el ámbito de la filosofía, esto es del siglo XIV a XVII, pero sólo a partir de la Ilustración logra el análisis racional trascender el terreno teórico y reflexionar sobre las cuestiones sociales, como la política y la moral.

La Ilustración comporta un cambio de clima mental en la cultura y sociedad europeas. Ideas como la igualdad entre los hombres, la existencia de un progreso en

el curso de la historia, la racionalidad como característica fundamental del hombre o la pretensión de sustentar el derecho y la moral en principios racionales, tienen su origen en este periodo.

El siglo XVII es considerado como el Siglo de las Luces, donde las consecuencias de la revolución política francesa asisten el despegue de la Revolución Industrial. Los cambios políticos provocan un gran auge en el mundo del derecho. Se dictan las primeras constituciones modernas, se plantean las bases del derecho internacional y se promulga en 1789 la *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano*. Paralelamente, en el ámbito económico el mercantilismo prefigura lo que más tarde será el culto a la libertad bajo lo que conocemos como liberalismo.

La imagen de la luz es importante para entender la época ilustrada, debido a que para los ilustrados la razón es esencialmente luz y claridad. La ignorancia popular y la creencia ciega en la tradición son símbolos de una época oscura que irá desenmascarando la razón. Esta última tiene como tarea primordial ejercer una crítica y diseñar una normativa que permita un *progreso* sostenido dentro de la sociedad. La confianza ilustrada en la razón es prácticamente ilimitada. Un claro ejemplo se percibe en el terreno moral, donde se identifica la maldad con la ignorancia; si se suprime la ignorancia, aflorará la bondad natural del individuo. El acceso popular a la cultura hará que la sociedad sea justa, ya que todos sus miembros actuarán siempre racionalmente.

La Ilustración es la emancipación del hombre de un estado de tutelaje autoimpuesto... de culpable incapacidad para usar su propia inteligencia sin la guía de otro. A tal estado de tutelaje lo llamo "autoimpuesto" si se debe, no a falta de inteligencia, sino a falta de coraje¹ o determinación para usar la propia inteligencia sin la ayuda de un conductor. ¡Sapere aude! ¡Atrévete a usar vuestra propia inteligencia! Este es el grito de batalla de la Ilustración. (Kant, 1988)

El "atrévete a conocer", traducido a la práctica, significa "no te fíes de tus impulsos, no obedezcas a tu cuerpo, aprende a dominarte". Así, uno de los rasgos más característicos de la Ilustración es el cultivo de la educación, siendo esta la clave de un progreso sostenido,

¹ Kant habla aquí de una manera muy personal. Lo que dice es parte de su propia historia. Criado en medio de la mayor pobreza y dentro de la estrecha visión del pietismo, su propia vida fue la historia de la emancipación a través del conocimiento.

nido, y, por supuesto, la llave de acceso a un mundo verdaderamente moderno.

El debate religioso es central en la Ilustración. La comprensión inmanente de la realidad choca frontalmente con el teocentrismo cristiano. La tradición religiosa aparece como la antítesis de los ideales ilustrados porque justifica el fanatismo, la superstición y, sobre todo, mantiene al hombre en una minoría de edad que retarda el progreso.

Es importante destacar que la modernidad no se da jamás sin la ruptura de la creencia y sin el descubrimiento de lo poco de realidad que tiene la realidad. Verbigracia empirismo, descubrimiento paradójicamente asociado a la invención de otras realidades, por ejemplo el discurso metafísico. Efectivamente, la filosofía da un gran paso hacia delante cuando se ejercita en la desconfianza hacia las explicaciones mítico-religiosas como garantes de un conocimiento real –aunque Kant reserve un lugar a la fe- (Kant, 1988) (lo cual no es materia de este estudio) cuando busca la constitución de un Yo pensado sobre la autoafirmación y el control de la realidad, a través de los esquemas de conocimiento apoyados en la racionalidad y no más en la fe y la superstición.

El espíritu de la investigación libre ha disipado los errores que impidieron durante tanto tiempo el acceso a la verdad, y ha socavado la base sobre la que habían construido su trono el fanatismo y el fraude. La razón se ha purificado de los engaños de los sentidos y de la sofística fraudulenta. (Schiller, 1973)

Si algo caracteriza a la función desmitificadora de la razón moderna, es que cualquiera que sea el modo y los medios con los que un conocimiento llegue a sus objetos, la referencia inmediata se encuentra en la condición sensible bajo la cual pueden ser usados los conceptos puros del entendimiento, (Kant, 1988) es decir, al referir todo concepto a la experiencia sensible se elimina la posibilidad de que las explicaciones mítico-religiosas adquieran carácter de conocimiento cierto, lo que dará lugar a una secularización del pensamiento, a las religiones seculares de nuestro siglo XXI: la ciencia y la tecnología.

Elaboremos una caracterización en torno a lo que fue el proceso de desencantamiento del mundo, es decir, el proceso de secularización, y con ella, el arribo de la Ilustración: "Se dice que el mundo está desencantado, que los dioses –o Dios- han abandona-

do la ciudad. Si esto es así –parece serlo- ha habidos cambios radicales en la vida misma de los creyentes. En la época medieval el mundo estaba “encantado”, es decir, sacralizado –¿vestigio de las culturas paganas antiguas?: la creación era un reflejo del Creador. De ahí las grandiosas catedrales, los majestuosos monasterios, los monumentos, las pinturas, los cantos, etc; todo lleva el claro signo del dominio de lo sobrenatural y de lo invisible, de lo eterno y de lo sacro sobre lo natural y lo visible, lo temporal y lo profano. La tierra y el cielo estaban imbricados”. (Sanabria, 1994)

Tanto la política como la economía estaban circunscritas en la órbita de lo religioso, esto es, de la iglesia, y sin dejar de reconocer los aspectos de los excesos de poder a partir de ella, también había una perspectiva de unión de la comunidad, pero que ciertamente se va desgastando y modificando para finalmente incorporarse en la transición hacia la secularización, con ella viene la dialéctica del cambio, con el surgimiento tanto de las nuevas fuerzas productivas como de las relaciones sociales que a su vez generarán un giro entre la estructura y la superestructura, esto es, el cambio de la sociedad feudal a la sociedad capitalista.

De este modo el proceso de secularización que inicia con la Ilustración sería una forma en la que la luz viene del ser humano en tanto tal y no de la divinidad o de lo religioso. Este proceso histórico que se origina en Europa occidental durante el siglo XVIII, y esta tendencia cultural, se manifestó especialmente en países como Francia, Inglaterra, Italia y Alemania. La noción de Ilustración alude al sentido de privilegiar la razón y el progreso, así como de la ciencia y de la libertad. Sin duda se trataba de un acontecimiento que modificó de manera sustancial las costumbres propias de la vida cotidiana, también impactó las esferas de la economía, de la política, del derecho y del Estado, de las ciencias, así como de las artes, de la filosofía y de la ética e incluso de las formas de la religión. Desde la perspectiva filosófica este acto histórico implicaba iluminar la mente, es decir, la razón sería el recurso fundamental y central para superar de manera definitiva toda forma de supuesta superstición de lo religioso, entendido esto último como expresiones de ignorancia y de oscurantismo, todo ello se constituía en rémoras para el nuevo horizonte de sentido del progreso a partir de la ciencia y de la técnica.

En Alemania la Ilustración fue caracterizada como la “clarificación” que viene del vocablo alemán –Aufklärung-. De acuerdo con Kant este proceso implicaba que el ser humano lograra su mayoría de edad, esto es, que realmente se valiera de la razón, en este sentido, la razón es propiamente autónoma y necesariamente soberana. En suma la Ilustración es una cosmovisión sustentada en la razón. Un derivado de suma importancia de esta tendencia histórica consiste en su conformación como modernidad que elaborará una crítica importante a los conocimientos y prácticas tradicionales, y de modo más radical su crítica en contra de la religión e instituciones por ella establecida, para este racionalismo había que superar las ilusiones y falsas percepciones de lo religioso. En este sentido la frase de Marx sobre la religión como opio del pueblo, es la expresión de un pensador radical de la modernidad Ilustrada.

Hay que señalar que el movimiento Ilustrado no pudo derrotar ni desaparecer a la rémora del subdesarrollo. El propio D’Alambert dijo: “que cuando la nueva luz se difunde sobre un número cada vez mayor de objetos, surgen nuevas oscuridades.” (Sanabria, 1973) En este sentido, se presenta una especie de paradoja entre un sentido que supone una luz total y la oscuridad total. Al respecto nos dice P. Sloterdick: “La Ilustración no penetra en la conciencia social como una iluminación no problemática. Donde actúa, surge el crepúsculo, su propia ambivalencia. La caracterizamos como aquella atmósfera en la que tiene lugar la cristalización cínica, como un cruce entre la autoafirmación fáctica y la auto-desautorización moral” (Sanabria, 1973) Aquí nos sugiere Rubén Sanabria que es muy probable que la pasión obsesiva de una buena parte del movimiento del romanticismo alemán, por la temática de la noche, tanto Novalis y Hölderling fueron autores claramente interesados por ella, quizás también les llamaba la atención de algo referido a lo irracional del mundo. Sin embargo, la propuesta de la Ilustración pretende superar toda forma de prejuicio irracional y religioso, y con ello llevar a un auténtico sentido de felicidad y de libertad, no lo logra del todo, así se inicia con dificultades, que en todo caso anunciaban su posible derrota.

Ciertamente a pesar de los fracasos de las promesas de la Ilustración, de su programa cultural, hay corrientes de pensamiento filosófico que la defienden. Dentro de estas tendencias está la Teoría Crítica de M. Horkheimer,

Th. W. Adorno, J. Habermas; también está en la ilustración aplicada de Dahrendorf; en la ilustración sociológica de N. Luhmann. El punto central de cada uno de ellos es buscar la manera de replantear o instaurar las propuestas de la Ilustración.

¿Cuál es la relación entre Ilustración y modernidad? ¿Se podría afirmar en principio que la Ilustración es un producto histórico de la modernidad? De acuerdo a algunos criterios históricos la modernidad se ha ubicado entre los siglos XV y XVIII, entre la caída de Constantinopla –1453- y por otra parte, la toma de la Bastilla –1789-. Sin duda, al establecer un principio o fin epocal relevante a partir de fechas específicas, algo de arbitrario hay, y en el caso de la modernidad más aún, sus múltiples y dinámicas expresiones asumen formas que no se manifiestan al mismo tiempo, ni tampoco en los mismo lugares. La Ilustración (en tanto, espíritu del Siglo de las Luces), fue un amplio y complejo proceso cultural que se expandió por Europa y América. En este sentido, la Ilustración fue una expresión particular de la modernidad. Respecto del arte en la modernidad, pero como modernismo: “nació como movimiento literario en América Latina cuando en 1888 Rubén Darío –1867-1916- (Félix Rubén García Sarmiento) publicó Azul. El proponía el arte puro, el cosmopolitismo estético, el verso libre, etc. Posteriormente aparecieron las vanguardias modernistas: surrealismo, ultraísmo, dadaísmo, futurismo, etc.” (Sanabria, 1994)

El pensamiento metafísico pretende el establecimiento de principios que expliquen al ser como unidad, como causa de los entes y como sentido de todo pensar. En tanto que bajo el concepto *metafísica* se entenderá el conjunto de prácticas sociales determinadas por creencias en un fundamento religioso (Dios), secular (ciencia y tecnología) o ideológico (la filosofía, etc.) que orientan desde “fuera” la experiencia humana de la finitud y la contingencia.

La metafísica es la determinación de un lugar exterior a cierto surgimiento que permite desde fuera orientar, determinar, decidir, plasmar y dar forma y fin a éste –surgimiento-. Esa exterioridad determina el sentido y el destino de ese pensar que, por vocación y tradición, se sitúa fuera –de lo físico- con el fin de fundarlo, crearlo, darle forma, darle un fin, de antemano visible y previsible. Metafísica significa, pues, pensamiento de afuera, que se produce fuera, fuera del mundo y del lenguaje, en una exterioridad en la que se supone que se insti-

tuye el verdadero logos, es decir el pensar metafísico. (Trías, 1992)

2. Cuestiones en torno a la postmodernidad.

Para entender la postmodernidad es indispensable aclarar el sentido del prefijo “post”. Lo “post” de los postmodernos no implica de manera alguna y bajo ninguna circunstancia una superación o una negociación. Lo característico de lo postmoderno es que no intenta superar el pasado apuntando siempre hacia lo nuevo –caso concreto de lo moderno-, sino sobreponerse del mismo. Desde luego no como un “colocarse por encima de”, sino en el más habitual “sobrellevar una pena”, sobreponerse o convalecerse de una enfermedad. (Vattimo, 1990)

La metafísica es algo que permanece en nosotros como los rastros de una enfermedad o como un dolor al que uno se resigna o también... es algo de lo que uno se remite, se recobre, algo a lo que uno se remite, algo que se remite. (Vattimo, 1994)

La crítica vattimeana atisba el concepto “remitirse al origen-fundamento” con el fin de indicar que si el pensamiento se *remonta* al origen no es para apropiarse de él, sino para recorrer los caminos de la *enrancia* como las huellas más certeras de la procedencia del ser. Así, realizar una lectura de la curva filosófica que va desde Platón hasta Hegel nos ofrece la posibilidad de afirmar la enrancia de un pensamiento tal, pero no para llenar el vacío que deja tal disolución, lo que sería, a fin de cuentas, tan sólo una inversión del idealismo, sino para re-pensar el hundimiento mismo del pensar errático y desde este límite echar a andar de nuevo un pensamiento débil que no aspire a lograr una refundamentación.

La idea de superación que tanta importancia tiene en toda la filosofía moderna, concibe el curso del pensamiento como un desarrollo progresivo en el cual lo nuevo se identifica con lo valioso en virtud de la mediación de la recuperación y de la apropiación del fundamento-origen. (Vattimo, 1994)

Hoy por hoy, está de moda aludir a la postmodernidad, pero sin duda se trata de un concepto en situación crítica, esto es, que quiere decir muchas cosas y a la vez no dice nada. No se encuentra ubicado únicamente en la filosofía sino en todos los saberes y quehaceres, en la sociología, la psicología, la arquitectura, etc. ¿Cómo

entender la postmodernidad? Se encuentra más allá de la modernidad en una primera y obvia expresión de la palabra o se trata quizás de la crisis de la modernidad a la cual definimos de esa manera. Algunos afirman: “que la modernidad surge propiamente con la Revolución francesa –1789- y termina con la primavera de París -mayo de 1968-. Otros, pretenden que empezó con René Descartes –1596-1650- y con F. Bacon –1561-1626- y termina con Nietzsche, Weber y Heidegger.” (Vattimo, 1994) De esta polémica lo que salta más es reconocer que no está clara la posibilidad de determinar con exactitud cuándo se inicia la modernidad y en ese mismo sentido, establecer cuándo finalizó suponiendo que así fuera. En todo caso lo que sí podemos hacer es un estudio de la forma de expresarse.

De acuerdo con Habermas la modernidad queda identificada con la Ilustración, y para él ahí no están contemplados los sistemas ilustrados tanto de Kant como de Hegel, ni tampoco los irracionales y voluntaristas de Nietzsche y de Schopenhauer. Desde la perspectiva de Adorno, miembro fundamental de la Escuela de Frankfurt, con la modernidad el desarrollo de la conciencia llega a su máximo desarrollo. Al respecto señala: “Antes de su advenimiento el espíritu estaba en minoría de edad por lo que no podía desarrollar todas sus potencialidades”. Para otros pensadores la modernidad implicó la divinización de la razón, esto es, la razón como un absoluto. El proceso de la Ilustración destacó de modo esencial la noción de sujeto, de razón y así como de progreso histórico en sentido fuerte. De este modo la cultura quedaba conformada en tres esferas: “la ciencia, el arte y la moralidad, fundadas en la verdad –la ciencia, en la belleza - el arte-, y en la rectitud moral –la ética, todo orientado a la unidad.”. (Sanabria, 1994)

Bajo esta perspectiva el mundo y el universo son autosuficientes, están gobernados por leyes que la razón puede explicar, ya ha quedado atrás la necesidad del motor inmóvil de Aristóteles o la causa primera incausada de Tomás de Aquino, esto es, Dios ha quedado liquidado. Ahora el ser humano estudia e investiga sus leyes para poder transformar y revolucionar el mundo. La nueva comprensión de la realidad estará dada por la ciencia. Toda esta compleja revolución influyó de modo sustancial en la ética, en las artes, en la forma de concebir y hacer política, en las nuevas fuerzas productivas y relaciones sociales, esto es, en todo el ámbito cultural.

A manera de síntesis podemos decir que el proceso de la Ilustración como modernidad transitó por dos espacios históricos a saber:

Un primer espacio como modernidad a partir de la razón ilustrada, donde se estructuran las relaciones y mundo de vida del sujeto desde una perspectiva racional. Se conforma la cosmovisión que orienta la vida del sujeto a partir de una plena confianza en la razón como fundamento y motivación de la vida del ser humano. En este primer momento se encuentran las grandes promesas del programa de la Ilustración: la promesa sustentada por el desarrollo y progreso de las ciencias, de las artes, de la ética, de la política, y todo este proceso bajo un amplio sentido libertario, todo esto permitiría el desarrollo de las potencialidades humanas y la posibilidad de la felicidad de los sujetos y de la sociedad. Esta razón ilustrada a manera de razón crítica o reflexiva se ubica a partir de relaciones libres y no de dominación.

El segundo espacio como modernidad tardía, como razón técnica o a manera de razón instrumental o estratégica, esta forma de racionalidad prevalece sobre cualquier otra posibilidad de racionalidad. Esta forma de la razón se manifiesta plenamente en el sentido de progreso científico-técnico, el cual impacta de modo definitivo en la forma de organización de las sociedades y en la cosmovisión de los sujetos. Esta forma de racionalidad instrumental o estratégica sustenta sus relaciones a partir del dominio que no de relaciones libres, las formas de dominación sobre la naturaleza y de las relaciones de poder entre los seres humanos (la historia). Para la razón estratégica la fundamentación de la realidad está dada a partir de la ciencia y la técnica, en la perspectiva físico-matemática y económico administrativa (la tecnoeconomía y la racionalidad burocrática de la administración del estado moderno).

En este sentido surge de acuerdo a la mirada de José Mardones el ser humano racionalizado o ilustrado, al respecto señala: “(...) un tipo de hombre orientado al dominio del mundo, con un estilo de pensamiento formal, una mentalidad funcional, un comportamiento austero y disciplinado, y unas motivaciones morales autónomas, junto con un modelo de organizar la sociedad alrededor de la institución económica y la burocracia estatal”. (Sanabria, 1994)

La modernidad tenía como programa cultural que lo nuevo era necesariamente mejor que lo pasado, lo

sustentado en la tradición, esto es, que las propuestas de la modernidad anunciaban grandes realizaciones tanto de los individuos como de las sociedades, ya en la propuesta de un capitalismo que iría incluyendo en la libertad y riqueza a todo el conjunto social, centrado en la propiedad privada o la otra suposición crítica de la modernidad que concebía a la sociedad socialista como la sociedad libre y centrada en la socialización de la riqueza, ambos sentidos de la modernidad finalmente fracasados por la terquedad de la realidad, y bajo esta perspectiva también como una derrota a la razón de la modernidad.

¿Qué sucede con la postmodernidad? Sólo si pensamos lo postmoderno como un acontecer que se da dentro de la modernidad, nos aproximamos a su esencia. Cuando la modernidad termine, terminará entonces la postmodernidad. De ahí que debamos entender la postmodernidad como una entre-época, tal como fue el Renacimiento en relación con el Medievo y la Modernidad. En efecto, los renacentistas no intentaron superar o suprimir el Medievo, -como sí lo intentarían más tarde los modernos-, sino que lograron sobreponerse de él apelando, no a valores y ciencias nuevas, sino a lo más antiguo: La Grecia clásica. El renacer no es un “hacer surgir”, sino un volver a vivir: Grecia volvió en el siglo XIV. De modo análogo acontece lo postmoderno, no como un sustituir lo débil por lo fuerte, lo viejo por lo nuevo, sino como “una vez más dejar ser presente” al pensar pre-lógico (poético y narrativo). Sus intenciones no son reformar, revolucionar, evolucionar y ordenar el mundo, tan sólo pretende mostrarnos algunas maneras de habitarlo.

Lo postmoderno, entonces, se plantea como la negación de la categoría de “novedad”, y no se constituye como un estadio diferente de la historia misma sino como experiencia del fin de la historia, entendiendo a éste no como un acabamiento catastrófico sino como disolución y ruptura de lo histórico como unidad, como proceso lineal de acontecimientos. (Vattimo, 1994)

Con la postmodernidad la idea de una historia como proceso unitario se disuelve, la noción de verdad como fundamento ya no subsiste y deja de existir la creencia de que el pensamiento deba fundar; quedan entonces solamente existentes las historias “diseminadas”, “diferenciales”, con sus propios ritmos y tiempos que transgreden el todo de la historia del sentido, y el sentido de la historia.

Una de las observaciones más duras es la del fracaso de las grandes utopías o metarrelatos de la modernidad, todo ellos liquidados, las crisis sucesivas del capitalismo y la creciente miseria en el mundo (neoliberalismo), la experiencia de los mal llamados países socialistas que enarbolando banderas libertarias terminaron en estados sustentados por el terror, en suma el sueño de la razón moderna derivó en una pesadilla para la mayoría de individuos y sociedades independientemente de la geometría política en la que se encontraran.

¿Cómo es que surge el sustantivo de la postmodernidad? Para algunos este concepto emerge en la esfera de la arquitectura, como contra-respuesta al funcionalismo. Al respecto: “Ch. Jencks irónicamente dijo que la postmodernidad nació el 15 de julio de 1972 a las tres con veintitrés minutos de la tarde cuando en San Luis Missouri unos obreros dinamitaron varias casas que habían sido construidas en 1950 de acuerdo a los cánones modernos. Así murió la arquitectura moderna.” (Sanabria, 1994) Por otra parte: “M. Köhler dice que Federico de Onís en su “Antología de la poesía española e hispanoamericana” -1934- fue el primero que usó la palabra postmodernismo. Con ese término de Onís se refería a un movimiento poético opuesto al modernismo literario y a sus desmesuras. Por su parte, el conocido A.B. Toynbee en A. Study of History (1947) designa como postmoderno el paso de una política nacional o estatal a una política mundial: es una nueva fase de la historia -1857- posterior a la edad moderna” (Sanabria, 1994). Bajo esta interpretación se puede señalar que debido a la primera guerra mundial se provocó una crisis cultural amplia generando a su vez la crisis de la modernidad y con ella la formación de la postmodernidad.

Tratemos de caracterizar con más elementos a la postmodernidad. Para Vattimo el pensamiento postmoderno habría de ser: a) un pensamiento de la fruición que se dé a la tarea de revivir simbologías y expresiones estéticas clásicas con el fin de enriquecer nuestro ejercicio ético; b) un pensamiento de la contaminación que se aventure a interpretar no sólo el saber de la tradición humanista, sino también a atender los fenómenos científicos-tecnológicos, artísticos y, por supuesto, asumir el desafío hermenéutico ante los medios y, c) un pensamiento del Ge-stell (logos técnico) que junto con el pensamiento de la contaminación interprete la técnica a la luz de la experiencia estética. (Vattimo, 1994) Para Jürgen Habermas: “La postmodernidad se

presenta claramente como antimodernidad. Esta afirmación describe una corriente emocional de nuestro tiempo que ha penetrado en todas las esferas de la vida intelectual, colocando en el orden del día teorías de postilustración, postmodernidad e incluso posthistoria.” (Habermas, 1986) Esta tendencia emocional intenta criticar y romper con la modernidad, pero quizá no deja de estar circunscrita en ella pero bajo una dialéctica negativa. Para otros se trata de una continuación de la propia modernidad, pudiera ser en cierto sentido un nuevo periodo de la cultura occidental pero ciertamente desde una tríada que va de la desesperanza al hedonismo y un creciente individualismo, todo ello aunado a un proceso de hibridez insípida sustentado por el todo vale por igual.

Lejano a esta posición se encuentra Gilles Lipovestky que al respecto nos dice: “Lejos de estar en discontinuidad con el modernismo, la era postmoderna se define por la prolongación y la generación de una de sus tendencias constitutivas, el proceso de personalización”. (Lipovetsky, 1986) Para caracterizar con más precisión la ética del postdeber en la sociedad postmoderna: “por primera vez, ésta es una sociedad que, lejos de exaltar los órdenes superiores los eufemiza y los descredibiliza, una sociedad que desvaloriza el ideal de abnegación estimulando sistemáticamente los deseos inmediatos, la pasión del ego, la felicidad intimista y materialista” (Lipovetsky, 1986)

Desde otra visión están otras corrientes filosóficas que consideran que el pensamiento postmoderno tiene, lo acepte o no, una fuerte nostalgia sobre la cuestión metafísica, de manera que no se ve que lleve hasta sus últimas consecuencias la muerte de Dios anunciada por Nietzsche o el olvido del ser de acuerdo a Heidegger. Ésta es en todo caso probablemente la línea dura de la postmodernidad. En esta perspectiva de postmodernidad: “lógicamente se niega toda necesidad y validez de fundamento último, sea inmanente o trascendental, que explique o legitime la multiplicidad de lo real, o que funcione como criterio definitivo de la verdad teórica o axiológica. En consecuencia, nada tiene fundamento último ni tiene por qué ser legitimado -¿por quién?- Ni la razón, ni la ciencia, ni Dios, ni el Estado, ni la cultura, pueden legitimar, absolutamente nada. Todo absoluto es inútil y si se diera aplastaría al hombre”. (Sanabria, 1994) En relación al llamado “mundo verdadero”, Nietzsche considera que tal mundo no significa ningun-

na realidad originaria más allá de la apariencia, sino tan sólo la fábula inventada por una voluntad de poder determinada. Por ser, el pensamiento metafísico sólo maneja términos cuando cree estar apoderándose de la realidad. Desde el punto de vista de la autosupresión, es como decir que la veracidad ha terminado por destruir el concepto mismo de la verdad. Esta destrucción comienza con la disolución del alcance trascendental de la verdad y su redicación en el ser. Luego, desarraigada así por su fundamento ontológico, la verdad se invierte, lo que hasta ahora era pensable sólo en contraposición con lo no verdadero, puede ser definido en adelante a partir del error. (Nietzsche, 1991)

Lo que se va evidenciando es ciertamente el carácter equívoco del concepto de postmodernidad. En este sentido, J.F. Lyotard dice: “bajo la palabra postmodernidad pueden encontrarse agrupadas las perspectivas más opuestas”. (Lyotard, 1991) En una entrevista expresó claramente: “el término postmodernidad es un falso nombre, un pseudónimo, que tomé inicialmente de los arquitectos italianos y de una determinada corriente de la crítica literaria norteamericana (...). Que el nombre “postmodernidad” es un falso nombre, resulta evidente en cuanto se tiene en cuenta que no puede significar lo que viene después de la modernidad pues la palabra moderno significa justamente ahora y después de ahora será ahora”. (Sanabria, 1994) Para Lyotard pareciera ser que parte de la problemática viene circunscrita en la modernidad en el sentido de que tuviera una especie de nostalgia: melancolía por su legitimidad perdida, verdadera o no”. (Lyotard, 1994)

Veamos los siguientes aspectos en torno a la crítica que desde la postmodernidad se dirige en contra de la modernidad:

Desencanto de la razón instrumental. La modernidad se centró en la creencia absoluta en la razón, de hecho ella sustituyó a Dios. Se partía de la noción de que la energía en el mundo era prácticamente inagotable, y que en ese sentido la razón guiaría las líneas de acción para aprovechar esa circunstancia a favor del ser humano, cuestión que la religión había entorpecido u oscurecido. Aunque más adelante el principio de entropía aludía a la posibilidad real de la muerte térmica del universo, de este modo la posición de suponer ilimitada a la razón quedó debilitada y limitada frente a la propuesta de la modernidad en la perspectiva de las infinitas posibilidades de la organización de la materia

bajo un proceso indefinido que a su vez propende a ser cada circunstancia más perfecto. Al respecto P. Klossowski señala que: “El segundo principio de la termodinámica, que afirma la finitud de nuestro sistema y que la decadencia es más probable que la conservación, es el dominante tras la modernidad, así como el primero, el de la conservación, lo fue durante la edad moderna. Sobre dos cuestiones existe un acuerdo casi completo: acerca de que el problema ecológico derivado del segundo principio de la termodinámica confirma en nuestros días el fin del dominio ilimitado del hombre sobre la naturaleza y el término de las esperanzas utópicas de la modernidad, y acerca de que el agotamiento de las energías utópicas indica el comienzo de una era postmoderna. (Lyotard, 1994)

Los grandes relatos provenientes de las promesas de la modernidad, esto es, de esta forma de razón absoluta, sustentada en la filosofía de la ilustración que en lugar de lograr las sociedades libres de dominación, donde la ciencia, el arte y la ética daban la base de desarrollo de las potencialidades de los sujetos en esas sociedades, la realidad de esos sueños esperanzadores terminaron en pesadillas reales y violentas así como en esperanzas truncadas, y desde ahí también como derrota del pensamiento. En ese mismo sentido, la racionalidad científica en su proceso de objetivación de la realidad a partir de la física y de las matemáticas dejaron en consecuencia en la instancia última sino que francamente la ignoraron la cuestión inconsciente así como la afectividad así como la imaginación. Justamente por esta situación la postmodernidad desplazó a la razón instrumental y en su lugar estableció la razón existencial. Así en buena medida se constituyó también en contracultura, esto es, Dionisos y Narciso son quienes predominan en el ámbito de cultura contemporánea. De este modo la racionalidad y el progreso científico-técnico generó su contrario en el predominio de lo ligero o fácil. Ahora el pensamiento: “tiene que ser débil –G. Vattimo-, y por lo mismo nada tiene que hacer aquí la filosofía, la política, la ética, lo que compromete. Lo valioso es la vida, los sentimientos –feelings-, la diversión, el juego, la frivolidad, el placer. Lo que cuenta es el presente efímero que hay que disfrutar plenamente porque nunca volverá. El pensamiento débil no pretende llegar a la verdad porque ni siquiera le interesa”. (Sanabria, 1990)

Negación de los metarrelatos o cosmovisiones. La noción de metarrelato hay que caracterizarla como las

narraciones omnicomprendivas y que sustentan sus propias legitimaciones. Su función esencial es orientar y fundamentar a las diversas teorías científicas así como a las prácticas sociales. Como anteriormente ya indique, hoy por hoy los grandes relatos se encuentran en crisis y sin credibilidad. Y se menciona por parte de sus críticos que son sumamente peligrosos en la medida en que llevan a una uniformidad propiamente totalitaria. Al respecto J. M. Mardones: “Los metarrelatos son narraciones que se cuentan en todas las culturas y que tienen la finalidad de dar una visión integrada, coherente, donde tengan explicación los diversos aspectos, a menudo contradictorios, de la realidad. Más aún, los relatos tienen la función de hacer aceptables las normas por las que se rige una colectividad. Ejercen las funciones de dar cohesión al grupo y legitimar el sistema de valores y los proyectos de una colectividad. No se trata de eliminar los relatos. Intentarlo es una ilusión imposible porque ellos son el vínculo que une las relaciones sociales de un grupo. Se trata de negar el papel que les dio la modernidad: ser visiones objetivas de la realidad. Hay que dejar los grandes relatos en lo que son: puras narraciones. Y hay que develar su peligrosidad, porque detrás de las grandes narraciones se esconde el uniformismo total”. (Lyotard, 1994)

El postmodernismo, frente al fracaso de los metarrelatos de la modernidad, asume la imposibilidad de establecer criterios de verdad universal y en consecuencia, únicamente admite verdades subjetivas o en todo caso admite a los pequeños relatos o propuestas que se refieren en lo fundamental a lo individual, aquí aparece necesariamente la cuestión de un conocimiento fragmentario de la realidad quizás a manera de verdades parciales. De esto se desprende también el llamado pluralismo axiológico y con él, la exaltación de la diversidad. Al respecto J.F. Lyotard señala: “Los siglos XIX y XX nos han proporcionado terror hasta el hartazgo. Ya hemos pagado suficientemente la nostalgia del todo y de lo uno, de la reconciliación del concepto y de lo sensible, de la experiencia transparente y comunicable. Bajo la demanda general de relajamiento y apaciguamiento, nos proponemos mascar el deseo de recomenzar el terror, cumplir la fantasía de apresar la realidad. La respuesta es: guerra al todo, debemos testimonio de lo impresentable, activemos los diferendos, salvemos el honor del nombre”. (Lyotard, 1991)

Fin de la historia. Para varios estudiosos esto es sin duda lo sustancialmente específico de la postmodernidad. La historia en rigor carece de sentido, así la teleología es un concepto inoperante, vacío de contenido. En esta perspectiva no hay principio ni fin que pueda fundamentarse, no hay meta ni marcos de referencia, en todo caso únicamente un horizonte de lo inmediato. Así lo que sí hay es un presente eterno, lo contingente y lo efímero, desde aquí lo que se da son acontecimientos que carecen de sentido de totalidad. Al respecto J.M. Mardones dice: “J. Baudrillard es quien repetidamente nos habla de esta liquidación de la historia a causa de la pérdida de horizonte donde ubicar los acontecimientos. Vivimos sin cuadros de referencia. Los hechos, los sucesos, los acontecimientos, son diseccionados, despiezados, observados desde todos los ángulos, pero carecen de referencia de una totalidad que les dé sentido”. (Mardones, 1994)

De este modo si la historia ha encontrado su fin, nada tiene importancia, nada tiene sentido, y esto en cierto modo apunta al “todo es absurdo” de Sartre y de Camus. Lo relevante será el momento, el instante y con él la forma que suma el relato.

Falta de fundamento. Hoy por hoy resulta inútil pretender buscar el fundamento último, independientemente del que se tratara, dado que esto implicaría aceptar un criterio definitivo tanto de valor como en sentido de verdad. En el ambiente de la normalidad postmoderna sólo hay verdades coyunturales, efímeras, que cambian o se desechan con su propia dialéctica. Al respecto G. Vattimo señala: “Pero que no haya fundamentación última no produce ningún escándalo (...) No hay ningún fundamento trascendente que imponga someterse a un orden objetivo “dado”; pero menos aún lo hay para someterse a nadie que pretendiera exigir nuestra obediencia en nombre de ese orden. En el mundo sin fundamento todos son iguales, y toda pretensión de establecer cualquier sistema de dominio sobre los demás resulta violenta y prepotente porque no puede legitimarse ya por referencia a ningún orden objetivo. El único fundamento en que, dentro de un orden de sentido, podría apoyarse la prevalencia habría de ser la fuerza (...) El desencanto, pensado radicalmente, excluye con algunas razones la alternativa de la prevalencia y la egocracia, pero haciendo esto pone justamente también en claro, según creo, que la pura y simple reivindicación de la igualdad, si es verdadera-

mente desencantada, no tiene argumentos racionales que hacer valer contra la reducción de la realidad, o al menos del mundo humano, a un puro juego de fuerzas”. (Vattimo, 1991)

Si bien es cierto que la modernidad fue generadora de violencia, la postmodernidad también ha desarrollado violencia y quizás aún de mayor magnitud, y en este punto únicamente haré la pregunta: ¿Se dio esto por no aceptar un fundamento último? Apuntando la problemática, en el caso de la modernidad, el paradigma (metarrelato) se asumía y se creía en él en tanto horizonte de sentido, sustentado por su cientificidad como criterio definitivo de verdad y de valor.

Nihilismo. Precisamente la negación de la posibilidad del fundamento último llevó como consecuencia al nihilismo. Ya en F. Nietzsche, y de modo particular en *La Gaya Ciencia* se anuncia la muerte de Dios; con este argumento queda claro quién fue el primer pensador postmodernista. Con la muerte de Dios se alude a la ausencia de todo fundamento que buscara dar un determinado horizonte de sentido, alguna teleología que dotara de alguna perspectiva de unicidad histórica. De este modo el pensamiento postmoderno es una nueva forma de pensamiento que trastoca del todo los valores y criterios de discernimiento, de las pretensiones de verdad universal y de la noción de totalidad. Así en el reino del nihilismo: “no hay razón para distinguir la verdad del error; la verdad ocasional cada quien la construye; el error es compañero inseparable del pensar; no hay totalidad sino fragmentariedad. Para Nietzsche -en sentido negativo- es el fenómeno de la decadencia del hombre occidental cristiano, pero también es la destrucción, teórico y práctica, de los valores tradicionales. Por ello cada quien crea sus propios valores porque los valores universales son una ilusión -postmodernidad es relativismo total”. (Sanabria, 1994)

Desde la perspectiva del nihilismo en Nietzsche implica romper epistemológicamente con los iconos de la finalidad, así como del sentido del ser y de la unidad, lo que nos queda son acontecimientos aislados, que se suceden en un espacio de pluralidad dado que ya no hay unidad, y no son hechos históricos circunscritos en la teleología histórica, por otra parte, tampoco hay ser porque la metafísica también finalizó. Lo advierte claramente Eugenio Trías: “Si algo caracteriza a la situación de la filosofía hoy es la unánime repulsa de la metafísica y de lo metafísico (...). La necesidad de rebasar lo meta-

físico, parece un imperioso designio para sus posibilidades (...) Hoy no puede pensarse ya desde un trazado o un horizonte que venga dado por el pensar metafísico. Tal es el punto de partida de toda reflexión filosófica que hoy pueda llevarse a cabo. Desde Nietzsche (...) se inicia este abandono del espacio secularmente ocupado, al menos desde Sócrates, Platón y Aristóteles, por el pensamiento metafísico y toda la filosofía contemporánea parece unánime en esa necesidad de abrir brechas en otra dirección, y de dar por cerrado y clausurado el intento de la metafísica". (Sanabria, 1994)

La época postmoderna nos hace recordar que todos los intentos por construir la metafísica de la moral, así como de la religión y del arte han sido por decir lo menos falsos. Se trata de: "un recordar que nos remonta para no llevarnos "a ninguna parte y sólo nos recuerda el ser como algo de lo que ya nos habíamos despedido. Estamos en el nihilismo. Estamos en la filosofía postmoderna que "sólo recorre los caminos del error incierto, que es la única riqueza, el único ser que nos es dado". (Sanabria, 1994)

Nueva religiosidad. En la postmodernidad no hay una negación de Dios a manera de un ateísmo materialista, se trata en todo caso de una nueva concepción que rompe con la tradicional. La nueva era - New Age- es la nueva forma de religiosidad. En rigor esta nueva era es la mezcla de aspectos astrológicos, psicológicos, místicos y orientales, así mismo con elementos de tradiciones religiosas antiguas con nuevas formas de entenderla y vivirla, en relación a lo sagrado y lo profano. De este modo nos dice que: "Saturno indica, ante todo, el estancamiento y la inercia, en tanto que Urano indica el cambio, lo revolucionario, el progreso, el desarrollo de un estado evolutivo de la conciencia. Es una conciencia nueva". (Sanabria, 1994)

La postmodernidad buscó y estableció propuestas nuevas y necesariamente diferentes e incluso en oposición a las de la modernidad. Como se ha señalado ya, uno de ellos es la New Age que ciertamente muestra múltiples contradicciones. Veamos al respecto: "Si la ciencia y la técnica se han demostrado en bancarota, si la metafísica ha sufrido un proceso de anulación que aparece irreversible y si por otra parte era necesario liberarse de aquel entorpecimiento escéptico y nihilista del que Nietzsche era su gran intérprete, era preciso buscar otros fundamentos y encontrar otras realidades que nos ayudaran a vivir, a creer y a esperar. La New

Age es este intento llevado a la paradoja. La ciencia se vuelve mística, la psicología se vuelve religión, el mundo vuelve a ser animado por espíritus". (Sanabria, 1994)

En la medida en que de acuerdo a esta nueva religiosidad, Dios se vuelve más humano, y también más experimental e íntimo; se concibe como un Dios propiamente materno. En este sentido se trata de un Dios o religiosidad con rasgos diversos, por ejemplo, hinduístas y budistas así como cristianos, pero respecto del cristianismo, se da una crítica en el sentido de que ha contrapuesto con consecuencias negativas, la relación alma y cuerpo, virtud o pecado, religión y ciencia, asimismo entre mundo natural y sobrenatural, y en última instancia entre sujeto y objeto. De este modo, las dualidades son parte del conflicto que viene diferenciando las partes del todo, así que lo que se planteará es la necesidad de volver a la unidad del mundo con Dios. En esta perspectiva dicen: "Dios es parte de nosotros, o nosotros somos parte de Dios porque él es el alma del mundo, es la conciencia universal, es la totalización del espíritu que vive en toda realidad". (Sanabria, 1994)

Respecto de las religiones que enseñan que por una parte somos distintos de Dios y por la otra dependientes de Dios, D. Spengler quien es uno de los principales representantes de la New Age, señala que: "el misticismo nos hace ver que somos una sola cosa con Dios y que participamos con él en la evolución de la creación". (Sanabria, 1994)

De manera paralela el sacerdote H.M. Enomiya-Lasalle, en tanto creyente de esta nueva era religiosa, dice: "Un pensamiento meramente racional no encuentra en particular ningún acceso interior a aquel Todo que en el ámbito cristiano se llama Dios, o absoluto, o sin nombre, o también de otro modo. Mientras que el hombre tiene de él una comprensión puramente conceptual, no se trata de Dios sino de una imagen suya. Precisamente de esto se han dado cuenta hoy muchas personas en Occidente que ya no creen en un Dios representado, o no pueden más concebir a Dios de manera objetiva. En este hecho, es decir que el Dios imaginado ha muerto para muchos, se manifiesta ya la nueva conciencia. Aún muchos místicos cristianos han tenido que experimentar dolorosamente esta superobjetividad de Dios". (Sanabria, 1994)

De este modo podemos apreciar que la religiosidad postmoderna surge y prolifera a manera de un amplio sincretismo, mezclado en parte por algunas de más

importantes filosofías orientales, desde ellas se busca replantear el sentido de la unidad, esto es, vincular el nexo de la parte con el todo, en el sentido de la pertenencia del sujeto a la totalidad del universo de esta manera se va dibujando una divinidad impersonal. Otra modalidad de la religiosidad postmoderna responde a la mezcla entre ocultismo, kábala, e incluso a la brujería, como vemos estas forma de religiosidad se adecuan de acuerdo a las necesidades y búsqueda de la persona. Asimismo se encuentra la perspectiva de una religiosidad ecológica que plantea la necesidad de que el ser humano se integre a la naturaleza en términos de una comunión de fuerzas y energías, y que a su vez puede estar relacionadas de una forma o de otra con las otras modalidades religiosas mencionadas. Esto expresa con toda claridad el eclecticismo de la religiosidad postmoderna.

En esta religiosidad postmoderna emerge también la importancia de la diosa madre primitiva, y una de las formas en las que se expresa es la sobrevaloración así como la sacralización de la sexualidad, esto es, que desde la propia sexualidad pueda darse un encuentro con el misterio y en ese sentido con Dios. Al respecto veamos: “con el goce sexual el hombre no sólo trasciende de la propia individual sino que asomándose al misterio del otro, roza el misterio de Dios”. (Sanabria, 1994)

En este sentido, el valor sacro de la sexualidad y de lo propiamente femenino, es entendido por Leonardo Boff de la siguiente manera: “Lo femenino nos hace ver otra forma distinta de ser humano (...) Esta manera ha estado caracterizada principalmente por el logos, por la racionalidad y el concepto. Por medio del logos se ha introducido una ruptura entre el hombre y la naturaleza (...) En este contexto brota lo femenino podemos capacitarnos para otro tipo de relaciones más fraternales, más tiernas, y más solidarias con nuestras raíces cósmicas y telúricas” (Sanabria, 1994)

Respecto de la religiosidad postmoderna G. Lipovetsky argumenta que: “se trata de una creencia y una práctica blanda de autoservicio, de trivialización de lo sagrado, como si en las sociedades democráticas Dios mismo debiera perder altura, su sentido supremo, su posición jerárquica absoluta por encima de toda existencia. La religión no muere; tiene un cortocircuito por la lógica individualista, se privatiza, se psicologiza; cada uno conserva para sí lo que una o más religiones le conviene (cuando le conviene y como le conviene).

(...) Con la religión en Kit y la licuefacción de dogmas de todo tipo, con la extrema tolerancia y la fragilidad de los juicios, la apertura sin prejuicio a nuevas ideas y revelaciones aun las más inverosímiles (sectas, parapsicología, ocultismo, etc), se puede representar el devenir de las sociedades individualistas, hedonistas, no como la victoria de un ateísmo cerrado, sino como la copresencia de un ateísmo indiferente”. (Lipovetsky, 1986)

En la nueva religiosidad postmoderna no se da ya una relación directa con Dios, sino de lo que trata sustancialmente es de la realización del individuo, de esta manera, Dios es un recurso de personalización. Esta circunstancia apunta a un ateísmo indiferente, esto es, Dios ya no importa. La cuestión sobre creer o no creer es ya algo insustancial: “Los debates acerca de Dios (...) no consiguen ocultar el hecho de su irrelevancia cultural. Ser ateo o no serlo (...) es algo irrelevante en nuestra sociedad, ajeno al espíritu de la época (...). Se podrá ser creyente por originalidad, desesperación, inercia; quién sabe por qué tipo de conveniencia”. (Sanabria, 1994)

En todo caso si aún hay creyentes, éstos lo son ya por la inercia de la costumbre o por algún tipo de conveniencia o por una determinada situación de desesperación, ésta es una forma del ateísmo indiferente, así el espíritu de la época advierte que si ya no hay sentido de verdad, Dios es irrelevante. Al respecto dice G. Vattimo: “(...) la noción misma de verdad se disuelve, o lo que es lo mismo, Dios muere”. (Sanabria, 1994)

Desde la mirada sartreana en el contexto de la postmodernidad, si Dios no importa, entonces el ateísmo es objeto de alegría. Sartre en su pieza de teatro *El diablo y el buen dios*, dice: “Dios no existe (...) No existe. ¡Alegría, lágrimas de alegría! Aleluya (...) Nos hemos liberado. Nada de cielo, nada de infierno: nada más que la tierra”. (Sanabria, 1994)

Por último, respecto de esta alegría o felicidad postmoderna donde Dios estorba, nos dice G. Lipovetsky: “(...) El nihilismo europeo tal como lo analizó Nietzsche, en tanto que depreciación mórbida de todos los valores superiores y desierto de sentido, ya no corresponde a esa desmovilización de las masas que no se acompaña ni de desesperación ni de sentimiento de absurdidad. (...) Dios ha muerto, las grandes finalidades se apagan, pero a nadie le importa un bledo, ésta es la alegre novedad, ése es el límite del diagnóstico de Nietzsche respecto del oscurecimiento europeo. El vacío de sentido, el hundimiento de los ideales no han llevado,

como cabría esperar, a más angustia, más absurdo, más pesimismo”. (Lipovetsky, 2000)

Conclusiones


Consideramos que la postmodernidad alude efectivamente a una época de poca luz y ambigüedad con respecto a la cuestión de horizonte de sentido de vida e histórico. Esto como hemos visto obedece fundamentalmente a la caída de los grandes relatos provenientes del programa cultural de la modernidad, de haber ubicado así mismo a la razón como el medio de transformación esencial de los procesos del individuo y de la historia, sustentada en la filosofía de la ilustración, donde se pretendía la formación de sociedades libres de dominación, y en esta perspectiva, la ciencias, las artes y la ética permitirían sustentar los cimientos para el desarrollo de las potencialidades tanto de esos individuos como sociedades, la realidad de este sentido de esperanza libertaria dialécticamente se trastocó en su contrario, lo que prevaleció en la realidad fueron formas de dominación y explotación por el lado liberal capitalista, por el lado marxista, modalidades de terrorismo de estado, por otra parte, la racionalidad científico técnica en su proceso de objetivación de la realidad también se trastocó fetichizando e instrumentalizando su supuesto saber, olvidando que la realidad también está conformada por la esfera de lo inconsciente y con ella la cuestión de lo emocional, así como la imaginación creativa en las artes, todo ello llevó en principio a un agotamiento de las energías utópicas de la modernidad.

La postmodernidad frente a la crisis de los grandes relatos de la modernidad nos lleva a una situación donde se da la imposibilidad de establecer los llamados criterios de verdad universal, y por lo tanto, únicamente puede admitir verdades subjetivas o cuando más pequeños relatos. De este modo la única forma de conocimiento a la que se puede aspirar es necesariamente fragmentario, esto es, por medio de verdades parciales. Esto lleva inevitablemente al llamado pluralismo axiológico y ello a su vez a la efervescencia de la diversidad.

Para el pensamiento posmoderno la historia en sentido estricto no tiene sentido, y bajo esta visión el concepto de teleología es claramente inoperante y vacío de todo tipo de contenido. Desde esta mirada no hay principio ni fin que pueda fundamentarse, no hay en ningún caso referentes, lo que predomina exclusiva-

mente es el horizonte de lo inmediato. De este modo lo que encontramos es un presente eterno, lo contingente así como lo efímero, desde esta perspectiva lo que se da son propiamente acontecimientos que carecen de sentido de totalidad.

En la postmodernidad resulta francamente inútil pretender buscar un fundamento último, más allá del que se tratara de sustentar, esto obedece fundamentalmente como hemos visto aceptar un criterio definitivo tanto de valor como en sentido de verdad. En la atmósfera posmoderna únicamente hay verdades coyunturales necesariamente efímeras que se modifican de acuerdo a su dialéctica específica. En este sentido, podemos retomar lo que G Vattimo dice, respecto de que el hecho de que no haya fundamentación última no perturba a nadie, de este modo no existe ningún fundamento trascendente que pretenda imponerse a partir de un supuesto orden objetivo, y mucho menos se puede exigir a nadie obediencia en nombre de ese orden. De esta manera en un mundo sin fundamentos todo vale por igual y todos son iguales, así cualquier pretensión de ejercer dominio con respecto a los demás será un ejercicio de violencia claramente prepotente debido a que no puede legitimarse a ningún orden objetivo. Nos recuerda G. Vattimo bajo esta situación de desencanto el único fundamento que pudiera dotar de un cierto orden y horizonte de sentido sería el puro juego de fuerzas.

Ante la compleja problemática de la postmodernidad creemos que una de las primeras tareas que tenemos que llevar a cabo es volver a repensar la filosofía, las ciencias, las artes, pero asimismo observar los nuevos movimientos sociales que generan una nueva sinergia utópica para volver a suscribirnos en alguna medida a la continuación de la modernidad libertaria o bien no nos quedará más que asumir la derrota del pensamiento crítico proveniente de la propia modernidad. 

Referencias bibliográficas

- HABERMAS, JÜRGEN, ET. AL
1968 *La postmodernidad*, Kairós, Barcelona.
- KANT, EMMANUEL
1988 *Crítica de la Razón Pura*, Porrúa, México.
- LIPOVETSKY, GILLES
1986 *La era del vacío*. Ensayo sobre el individualismo contemporáneo, Anagrama, Barcelona.

- LIPOVETSKY, GILLES
1986 *El crepúsculo del deber*. La ética indolora en los nuevos tiempos democráticos, Anagrama, Barcelona.
- LIPOVETSKY, GILLES
1986 entrevista, *El apogeo del individualismo*, O Mongin, en Diario 16, Madrid, 14 de septiembre de 1986
- LYOTARD, JEAN FRANCOIS
1991 *La postmodernidad*, Gedisa, México.
- NIETZSCHE, FEDERICO
El crepúsculo de los ídolos, Alianza Editorial, Madrid.
- SANABRIA TAPIA, JOSÉ RUBÉN
1994 *Ética y postmodernidad*, en Revista de Filosofía, Universidad Iberoamericana, año XXVII, núm. 70, enero – abril 1994
- SCHILLER, F.
1973 *Sobre las fronteras de la razón*, Revista de Occidente, Madrid.

José Gastón García Flores
Omar de Jesús Reyes Pérez

Universidad del Mar, Campus Huatulco